

La vida que se va como con vergüenza

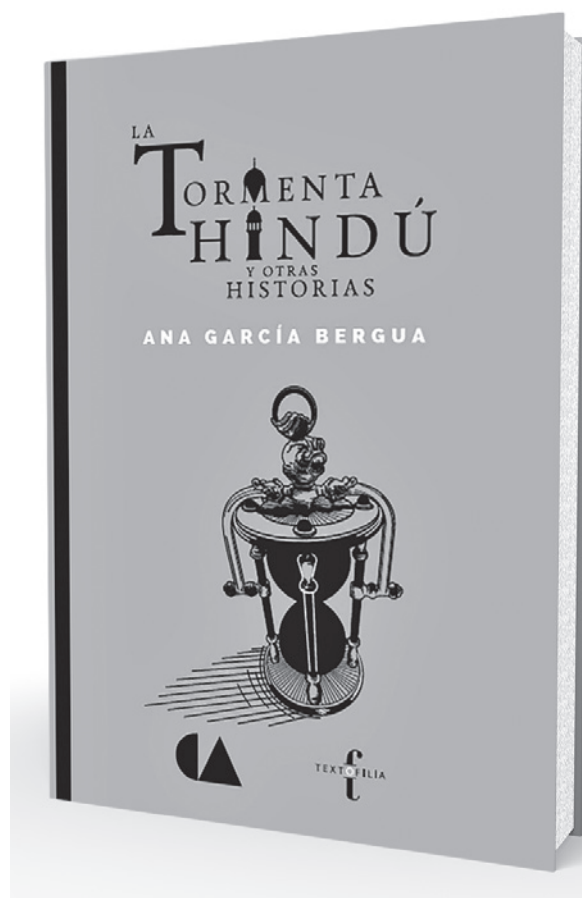
La tormenta hindú, de Ana García Bergua

Nora de la Cruz

La tormenta hindú y otras historias
Ana García Bergua
México, Textofilia, 2015, 192 pp.

A LA LITERATURA MEXICANA LE FALTA SENTIDO DEL HUMOR. Eso es algo que muchos lamentan y casi nadie sabe cómo remediar, pues cuando apenas se asoma en la obra de algún autor suele ser ahuyentado por el descrédito. Acudir al humor como recurso estético parece significar que el escritor no es “serio”, como si Aristófanes no fuera tan fundamental en la cultura clásica como Sófocles u Homero. Tal vez por eso titubeo antes de escribir que *La tormenta hindú y otras historias* es un conjunto de relatos —veintidós, para ser exactos— escritos en su mayoría en tono humorístico.

La duda probablemente tenga que ver con no dar una falsa imagen del libro: se trata de una colección de cuentos sólidos, de dicción contenida. No emplea el humor más frecuente en cultura mexicana (casi siempre orientado hacia la sátira, la parodia, el doble sentido, el *slapstick*); la autora usa más bien lo que se conoce como *dry humour*, el que depende puramente de las palabras y su sentido, sobre todo porque se emiten sin inflexiones o gestos, un recurso que identificamos como “humor inglés”. Así, el libro de Ana García Bergua está compuesto con una dicción sencilla, directa y cotidiana, y los cuentos son breves, de situación. Giran de manera evidente en torno a la incertidumbre y el fracaso: vemos cómo distintos personajes afrontan situaciones a veces risibles en sí mismas, o que terminan por ser ridículas por la forma en la que ellos las interpretan, aunque cuando se miran con cuidado son terribles en su mayoría. Predomina el humor, aunque no el protécnico, sino el malicioso, que no hace sino mostrar



lo ridículo de nuestras reacciones ante los sucesos, es decir, ante la vida misma.

En una de sus columnas para el periódico *Excelsior*, Jorge Ibarguengoitia decía que en México hay gente que sabe dar las malas noticias, y lo demostraba con anécdotas en las que alguien informaba de alguna calamidad en un comentario casi descuidado, reduciéndola a veces hasta el diminutivo: “¿Anastasia? Ah, pues ya falleció”; “¿Por qué será que el canario no se mueve?”; “Dice el Juan Márquez que ya se cayó al pozo la pelotita” (entiéndase el cabezal de la bomba que permitiría regar la cosecha). Los relatos de *La tormenta hindú*, diríamos, están contados en el mismo tono: su humor negro radica en decir cosas terribles restándoles importancia, solemnidad, aunque no necesariamente a propósito, sino porque así es como los personajes las observan y las comprenden. Pareciera que se emplea el lenguaje coloquial de clase media mexicana y también su compostura, su cortesía rayana en hipocresía, su chismorreó a media voz, la fingida inocencia con la que en ocasiones insulta “como quien no quiere la cosa” (“está gorda y los tacones no la dejan caminar”, inicia uno de los relatos de García Bergua), su preocupación por el qué dirán y su esfuerzo por guardar las apariencias. El recurso es sutil pero efectivo, y en él recae la gran inteligencia del libro.

El tono es lo que unifica al volumen, aunque pueden reconocerse ciertos temas recurrentes. Uno de ellos es la vejez y su relación con la memoria (o su pérdida), y la manera en la que este proceso se relaciona con la identidad. Algunas de las situaciones que se narran podrían ser material para un drama o un cuento de terror, pero la ligereza con la que se cuentan, y la torpeza y cortedad de las reacciones de los personajes producen el absurdo, aunque existen excepciones notables. Dos de los cuentos más sobresalientes del conjunto —“El fantasma” y “Don Fulvio y las máquinas”— abordan el tema de la proximidad de la muerte, sin humor, pero con la misma ligereza que en el resto de las historias. En ambos, la autora observa a sus personajes con mucha más compasión, calibrando bien el efecto emotivo gracias a la contención de su lenguaje.

Otro par de anomalías en el volumen son los relatos “El notario” y “Abracadabra”, que podrían considerarse de resolución fantástica. En el primero, se detecta en el desenlace una

alegoría evidente, aunque tímida. En el segundo, la situación juega ambiguamente con la existencia de la magia en una de sus acepciones hodiernas: la del acto ejecutado por un prestidigitador de esmoquin y chistera. Se trata de relatos logrados que producen cierta disonancia con el resto, pero que funcionan bien como contrapuntos en medio de la uniformidad aparente del volumen.

Si fuera necesario determinar cuál es el imán temático de esta colección de relatos, podría decirse que giran en torno al fracaso o la catástrofe, sea ésta menor, fatal o imaginaria, pero siempre producida en un entorno cotidiano. El juego narrativo es observarlas desde el interior de sus protagonistas, o bien, desde la perspectiva de testigos muy cercanos, que no las comprenden. El efecto cómico es sutil y, de cierta forma, escurridizo. No hay nada pirotécnico ni los cuentos destacan por su vivacidad, pero cuando uno ve de cerca las frases, en apariencia sencillas, se da cuenta de lo terrible que encierran. Aunque algunas situaciones parecen disparatadas, como el dictado demencial de un ejecutivo septuagenario: “podemos aumentar la producción de albúminas en un treinta por ciento si usted me la chupa con esos tacones y le dice al jardinero que no deje salir al perro”, todo suele estar enmarcado siempre en una anécdota realista. Los nombres de los personajes, anacrónicos y cursis, permiten caracterizarlos como pertenecientes a la clase media mexicana y capitalina a partir de ciertos estereotipos, en aras de la brevedad de los cuentos; así, desfilan por estas páginas políticos, notarios, jubilados, meseros, viejitas adineradas, estudiantes de la UNAM, escritores, ex bailarines, intelectuales, secretarías que leen el horóscopo religiosamente. Pocos personajes están particularizados, es decir, todos son como cualquiera de nosotros.

A pesar de la aparente sencillez de la dicción, el lenguaje es certero y las comparaciones son precisas y elocuentes. La estructura de los relatos es sólida y la mayoría de los remates son muy potentes. El problema es que no hay variedad en los recursos de un relato a otro y eso produce una sensación de uniformidad que por momentos parece excesiva. Sin embargo, cada relato funciona bien y hay algunos verdaderamente notables. No cabe duda de que *La tormenta hindú y otras historias* se trata de un libro logrado, bien escrito, bien editado, con momentos brillantes en la dicción y de gran solidez e ingenio narrativo. 